

que los cuerpos de Ducrot y Faily estaban fatigados y en parte bajo la impresión de las derrotas de Worth, y que el cuerpo de Douay carecía de cohesión á causa de la precipitación con que se había formado. Lebrun disponía de dos divisiones buenas, formadas por regimientos viejos é infantería de marina; pero en cambio la tercera división era pésima y carecía de educación militar. Finalmente, el armamento era en todos los cuerpos muy defectuoso.

El 23 salió el ejército de Reims y se dirigió al Este, á Bethiniville, á orillas del Suipe; mas la necesidad de aprovisionar á los cuerpos 5.º y 12.º obligó al mariscal á hacerlos pasar á Rethel, donde se alojó también el cuartel general, mientras los otros dos cuerpos se dirigieron á Attigny y Vouziers, quedando situado así todo el ejército á lo largo del Aisne. El día 25 transcurrió en el reparto de provisiones, el 26 quedó Douay cerca de Vouziers, haciendo los demás cuerpos un movimiento hacia la izquierda, de suerte que el ejército se halló situado de Sur á Norte, con su ala derecha (el cuerpo 12.º y el cuartel general) en Tourterón. Hasta entonces nada se había sabido del enemigo. El ejército del Mosa, cuya ala derecha formaba el cuerpo sajón, había llegado con este cuerpo el día 24 á Verdún, y presentaba con el tercer ejército una línea prolongada de frente, cuya ala izquierda, formada por el cuerpo 11.º, se halló aquel día cerca de Saint Dizier, á orillas del Marne. La situación era, pues, favorable para Mac-Mahón, que podía pasar con su ejército por delante del ala derecha de los alemanes. Mas aquel mismo día, 24 de agosto, llegó la cuarta división de caballería (príncipe Alberto) al campamento de Chalóns, y vió que los franceses lo habían evacuado. Para saber la dirección que habían tomado, continuaron los dos ejércitos su avance en dirección Oeste el día 25, llegando el ala derecha hasta Varennes y la izquierda hasta Vitry; mas por la noche del mismo día se supo por los periódicos de París, en virtud de telegramas de Londres, que Mac-Mahón estaba con ciento cincuenta mil hombres cerca de Reims y marchaba sobre Metz. Y he aquí cómo el afán de publicidad, convierte á la prensa en auxiliar del enemigo. En vista de tales noticias se dispuso que todo el ejército se concentrara más hacia á la derecha y observara bien en esta situación á los franceses. El resultado fué que la caballería alemana se convenció de la presencia del enemigo cerca de Vouziers y de Grandpré, en virtud de lo cual se ordenó un gran movimiento á la derecha, girando como centro sobre el cuerpo sajón, situado alrededor de Varennes. En el cuartel general francés se supo el 26 la presencia de grandes masas enemigas en la dirección de Grandpré; y Mac Mahón, esperando un ataque contra su derecha, cerca de Vouziers, llamó á los demás cuerpos hacia este punto y trasladó su cuartel general á Le-Cesne-Populeux. Con esto se perdió otro día, mientras los sajones se corrieron hacia la derecha y ocuparon los pasos del Mosa y de Dun, cerca de Stenay. Al saberlo Mac-Mahón, cuya caballería tuvo ya un choque cerca de Buzancy con la caballería sajona, consideró que era ya demasiado tarde para efectuar su marcha sobre Metz y decidió emprender la retirada sobre Me-

zieres, para salvar el único ejército que entonces le quedaba á Francia. Contra la opinión y las advertencias de su jefe de Estado mayor, anunció este plan á París y recibió inmediatamente la orden de renunciar á él, diciéndole Palikao en su telegrama: «Si usted abandona á Bazaine, tenemos la revolución en París y usted mismo se verá atacado por todas las tropas del enemigo.» Además le dijo que estaba en un error creyendo al príncipe heredero de Prusia en Chalóns, donde se encontraba por de pronto sólo el hermano del rey con gran fuerza de caballería; que el príncipe heredero iba en dirección del Norte, pero, en cambio, Mac-Mahon tenía treinta y seis horas y quizás cuarenta y ocho de ventaja y sólo una parte del ejército sitiador de Metz enfrente. Todos estos datos eran en globo perfectamente exactos: sólo faltaba saber si Mac-Mahón, que se hallaba ya delante del enemigo, podría continuar el avance enfrente del grueso de las fuerzas alemanas. Mac-Mahón no se atrevió á desobedecer las órdenes de París y se decidió á continuar su marcha sobre Montmedy. Antes de emprender la marcha le envió el emperador á uno de sus ayudantes, el príncipe del Moscova, para observarle que el movimiento sobre Montmedy era peligrosísimo y que sería mejor seguir el plan del día antes y marchar sobre Mezieres, á lo cual contestó el mariscal que había reflexionado maduramente el pro y el contra y que continuaba en su primera resolución. El mismo Mac-Mahón envió al mariscal Bazaine tres agentes de confianza para avisarle de que iba en su auxilio, cediendo así á las instancias del ministro, que le dijo además en otro despacho: «En nombre del Consejo de ministros y del consejo secreto le encargo que lleve auxilio al general Bazaine aprovechando las treinta horas de ventaja que le quedan á usted sobre el príncipe real de Prusia. Hago pasar á Reims el cuerpo de ejército de Vinoy.» El 28 trasladó el cuartel general á Stonne y se propuso pasar el Mosa, más abajo de Stenay. Comenzado el movimiento, los franceses fueron tiroteados por los alemanes, y Faily sorprendido por la vanguardia del cuerpo 4.º El general francés se preparó en el acto y hasta tomó la ofensiva, pero fué rechazado. Los alemanes, reforzados, se lanzaron sobre el campamento francés y lo tomaron, apoderándose también de la pequeña ciudad de Beaumont. El combate estuvo algún tiempo indeciso, pero en general continuaron los alemanes avanzando y los franceses retrocediendo sobre Mouzón, hasta que al fin tuvieron que evacuar también el arrabal de esta población. El cuerpo de Douay se retiró, parte hacia Remilly y parte sobre Sedán, y todo el ejército volvió á ser empujado un buen trecho en dirección Norte. El emperador, que hacia las cuatro había estado en compañía del mariscal en las alturas para observar la batalla, se dirigió á Carignan, destinado á cuartel general; pero apenas hubo llegado allí, Ducrot le dijo que la batalla tomaba mal aspecto, y Mac-Mahón le aconsejó dirigirse por el ferrocarril á Sedán, adonde debía retirarse el ejército. Llegado que hubo á las once de la noche á Sedán, le aconsejaron que siguiera hasta Mezieres, donde se hallaba el cuerpo 13 (Vinoy), que se estaba formando, y organizase con su auxilio en una de las fortalezas del Norte,

un nuevo centro de defensa; pero temiendo se le acusara de no haber pensado más que en su salvación personal, se encaminó á pie, acompañado únicamente de su ayudante, en el silencio de la noche, desde la estación á la ciudad, destinada á ser la tumba de su Imperio.

Mac-Mahón concentró todo el ejército en Sedán, según había escrito al emperador. Los alemanes destruyeron aquella misma noche el ferrocarril de Montmedy para inutilizarlo, pues en el gran cuartel general prusiano se esperaba que se podría obligar á rendirse á todo el ejército de Mac-Mahón, y en la misma noche se dieron las órdenes necesarias, encargando al ejército del Mosa que le cercase por la parte del Este, y al tercer ejército que le acorralase por el Oeste y Norte. Por si los franceses pasaran la frontera de Bélgica y no fueran desarmados allí *in continenti*, las tropas alemanas recibieron orden de seguirles al territorio belga. Por lo demás, aún quedaba la posibilidad de que Mac-Mahón, avanzando rápidamente por la orilla derecha del Mosa, pudiera salvarse, llegando el 31 de agosto á Mezieres.

El mariscal mandó tomar posiciones alrededor de Sedán, vieja fortaleza que no podía darle ninguna protección. Más abajo de la ciudad desembocaban en el Mosa los arroyos de Floing y de Illy, de la parte del Este, y más arriba el arroyo de Givonne, que pasa al Sur de las fuentes de Floing. El monte Calvario de Illy y la altura de Givonne forman los puntos dominantes en aquello que asemeja isla. En la línea del Norte estaba Douay; en la del Este, Ducrot, y á la derecha de éste, cerca de las aldeas de Moncelle y de Bazeille, Lebrún. Faily, cuyas tropas estaban en Sedán, en el interior del espacio aislado, no tuvo ya el mando al día siguiente, porque había llegado el general Wimpffen, destinado á sucederle, y con orden del ministro de la Guerra de tomar el mando en jefe en caso de que Mac-Mahón se inutilizara.

Pasaron el río los cuerpos 11 y 5, alemanes, quienes tenían ocupadas las faldas de las alturas por masas imponentes de artillería; y en un punto muy favorable para la observación, cerca de Frenois, se situaron el rey, Moltke, Bismarck y Roon, y á su inmediación el príncipe heredero, con su Estado mayor. Cerca de Remilly, enfrente de Bazeilles, pasaron el río el cuerpo 1.º bávaro y después el 2.º; más hacia la derecha estaban los sajones y la guardia, que habían pasado el río cerca de Mouzón é igualmente el arroyo de Chiers, afluente del Mosa, que desemboca en este río cerca de Remilly. Estas tropas, que habían pasado el río el 31, tuvieron que efectuar un gran movimiento hacia la izquierda para hallarse enfrente del enemigo, á quien los bávaros tenían ya delante.

Estos últimos avanzaron envueltos en espesa niebla, en la madrugada, hacia Bazeilles, aldea defendida con valor por los soldados de marina del cuerpo 12. Los mismos habitantes tomaron parte en la defensa de las casas, y los soldados bávaros no les dieron cuartel. La aldea fué tomada y perdida repetidas veces, quedando reducida á cenizas. Los sajones atacaron La-Moncelle, que ocuparon, tras reñida lucha, á las siete. Después hicieron frente á los franceses, que vol-

vían á avanzar desde Daigny; y aunque el fuego de éstos se debilitó algún tanto, volvió á recrudecer hasta ser violento hacia las nueve, cuando atacaron á Bazeilles y La-Moncelle. La causa de haberse renovado con brío la lucha fué el cambio de mando á consecuencia de haber sido herido Mac-Mahón, quien nombró en su lugar á Ducrot. Eran las seis y media cuando el comandante Riff, en nombre del mariscal, entregó el mando en jefe á dicho general, quien al recibir inmediatamente al general Faure, jefe del Estado mayor del ejército, con todo el Estado mayor, le dijo: «No hay ni un momento que perder. Tenemos que volver á seguir nuestro plan de ayer. El enemigo nos ocupa en el centro mientras procura envolver nuestras dos alas; esta es su maniobra eterna, pero esta vez no seremos tan necios que nos dejemos coger así.» Los oficiales no participaron de su opinión, diciendo que, muy al contrario, todo marchaba muy bien; que apenas era de día y había tiempo para aguardar. «¿Aguardar qué?» preguntó el general; ¿aguardar hasta que estemos completamente cercados? No hay que perder ni un solo instante. Ejecuten ustedes mis órdenes y basta de objeciones.» Ducrot creía todavía posible la retirada á Mezieres por Illy, y mandó se dirigiesen allí parte de los cuerpos 1.º y 12, mientras otras fuerzas debían facilitar la retirada por medio de una enérgica embestida.

Ducrot espoleó su caballo para ver si el general Lebrún había empezado á operar con el 12.º cuerpo en el sentido que se le había ordenado, y dijo á Lebrún, que acababa de ser ligeramente herido: «¿Ha recibido usted mis órdenes y ha empezado la marcha?» á lo cual contestó Lebrún: «Debo observarle que la ventaja está de nuestra parte; los bávaros ceden, nuestros soldados no son flojos y sería lástima no sacar ventajas de esta situación. Yo temo que un movimiento de retirada desanime á nuestros soldados y que el tal movimiento se transforme en disolución.» A esto contestó Ducrot: «Amigo mío, aquí no hay tiempo de reflexionar; mientras el enemigo nos ocupa por el lado de usted, realiza la maniobra de cercarnos. Lo que sucede del lado de usted no es serio; la verdadera batalla se verá muy pronto detrás de nosotros por el lado de Illy. Veá usted — y diciendo esto señaló á Lebrún la cordillera desde el Monte Calvario, cerca de Illy, hasta Floing; — allí en la extensa meseta, allí es donde hemos de reunir nuestro ejército, y hecho esto y teniendo nuestra izquierda apoyada ólidamente sobre Illy por la artillería de Sedán, nos hallaremos en buena posición. Si me equivoco y no se cumple mi previsión, si el enemigo no viene detrás de nosotros y se contenta con atacarnos de frente, entonces volveremos al ataque del centro y le arrojaremos al valle del Givonne. Le repito á usted que no es tiempo de vacilar.» Lebrún no hizo ninguna objeción á esto y prometió ordenar en seguida la retirada.

El 12.º cuerpo emprendió por brigadas la marcha. El emperador, que recorría á caballo las inmediaciones de Balan, observó con sorpresa este movimiento y mandó recado á Ducrot para que le explicara la maniobra. Ducrot contestó al oficial de órdenes del emperador: «Diga usted á S. M. que lo que pasa á

nuestra derecha no tiene importancia, pues allí nos ocupa el enemigo para procurar envolver nuestra ala, y que detrás de nosotros, hacia Illy, se librará pronto la verdadera batalla. Diga usted que en este concepto tomo mis disposiciones; yo efectúo ordenadamente mi retirada para tomar posiciones nuevas, y la efectúo con la mayor rapidez, sin detenerla por nada.»

El emperador nada contestó, porque había renunciado positivamente á todos los derechos de general en jefe.

Al enterarse Wimpffen, creyó deber suyo encargarse del mando para impedir la ejecución del plan de Ducrot, que desaprobaba; y á eso de las ocho y media le comunicó su resolución, enviando al mismo tiempo al general Lebrún una de sus divisiones para reforzarle y encargarle que volviese á ocupar las posiciones que hubiera perdido.

A toda prisa fué el general Ducrot á ver á Wimpffen para decirle que no le disputaba el mando en jefe, por ser más antiguo que él en el servicio, si bien él (Ducrot) había sido nombrado jefe por el mariscal Mac-Mahón, en cuyo mando le había confirmado el emperador; pero que aquel no era el momento de provocar conflictos y se hallaba pronto á apoyarle con todas sus fuerzas. Sin embargo, debía observar que hacía dos días se hallaba enfrente de los prusianos y conocía mejor que Wimpffen su táctica; que había estudiado la posición y la topografía, y creía evidente que el enemigo intentaba cercar al ejército francés; que había visto con sus propios ojos lo que confirmaba el aviso del alcalde de Villers-Cernay, y le conjuraba en nombre de la salvación del ejército que no pusiese obstáculos á su retirada, porque dentro de dos horas sería ya tarde.

«¿Por qué retirarse si Lebrún tiene ventaja?, preguntó Wimpffen, y continuó: — Unamos todas nuestras fuerzas para aplastar á los que Lebrún tiene delante. — Pero, preguntó Ducrot, ¿adónde se figura usted que se dirige la infantería, que hoy desde la mañana pasa por Francheval y Villers-Cernay, sino á Illy?»

«¿Illy?, preguntó Wimpffen, ¿qué es Illy? — A esto contestó Ducrot: — ¡Ah! ¿Usted no sabe lo qué es Illy? Pues bien, mire usted aquí — y diciendo esto extendió el mapa delante de él, estando á caballo, y añadió: — ¿Ve usted el arco que describe el Mosa hacia el Norte y que deja entre el río y la frontera belga sólo un espacio estrecho, que ofrece el único paso? Esto es Illy. Si el enemigo se apodera de este paso, estamos perdidos.»

Wimpffen echó una mirada fugaz al mapa y dijo: «Sí, sí, todo está muy bien; pero por de pronto Lebrún tiene ventaja y hay que aprovecharla. Lo que necesitamos es una victoria y no una retirada.»

Ducrot contestó á esto: «¡Ah! ¿Usted necesita una victoria? Muy dichosos seremos si hoy por la noche nos queda todavía una retirada.»

Con el corazón oprimido y desesperado partió Ducrot al galope, y mandó otra vez bajar de la altura á que acababan de subir, las dos divisiones de Pellé y Lhériller.

Dispuesto esto, fué á todo escape al bosque de Garenne, viendo allí que no ofrecía seguridad el camino hacia el Norte. El mismo emperador empezó á mirar con creciente inquietud el giro que Wimpffen daba á la situación militar, y cuando pasó por el barranco Fond-de-Givonne se le acercó un oficial de cazadores y le dijo: «Señor, soy natural de esta comarca y la conozco toda á fondo. Si se deja al enemigo rodearnos por el lado de Illy, estamos perdidos.» Impresionado por esto el emperador, se dirigió á Wimpffen, al cual comunicó lo que acababa de oír; pero el general le contestó: «No tema V. M. Dentro de dos horas los habré arrojado al Mosa.» Un oficial del séquito, al oír esta contestación murmuró: «¡Quiera Dios que no nos echen á nosotros!»

Todo el mundo vió el peligro, menos el general en jefe. Wimpffen se proponía atravesar las fuerzas enemigas en dirección de Carignan para marchar desde allí sobre Metz. A este fin pensó arrojar primero al otro lado del Mosa, con sus cuerpos 12 y 1.º (Lebrún y Ducrot), á los bávaros; después caer con los cuatro cuerpos sobre los sajones y la guardia, y cuando hubiese quedado de esta manera dueño del campo de batalla, aprovechar la obscuridad y dirigirse á Carignan; mas desde el principio fracasó este plan, á pesar del éxito pasajero obtenido al atacar en la dirección de La-Moncelle, pues el 4.º cuerpo alemán volvió á entrar en fuego cerca de Bazeilles; la guardia tomó por asalto Givonne, y poco después se decidió la batalla en Bazeilles, tomando las alturas situadas al Norte y apoderándose de la parte de la población que defendían todavía los franceses. Éstos se retiraron en dirección de Sedán á la aldea de Balan, contra la cual pudieron utilizar los alemanes la división 3.ª bávara, que sufriendo grandes pérdidas, tomó la aldea y el parque del castillo, sin avanzar más porque se hallaba ya al alcance de la artillería de la fortaleza.

Entretanto los cuerpos 10 y 5 se habían puesto en contacto con los franceses cerca de Saint-Menges y de Fleigneux. Entonces se apostó mucha artillería para hacer fuego á las alturas situadas al otro lado del arroyo de Illy, y fué inútil un formidable ataque de caballería dado por el general Gallifet para apoderarse por medio de un audaz golpe de mano de las mortíferas baterías alemanas. Se sostuvieron en sus posiciones y avanzaron más contra Illy, donde se pusieron en contacto con la guardia, con lo cual quedó cerrado el círculo formado alrededor de los franceses. En tanto Ducrot se había dirigido al galope al Monte Calvario, donde le detuvo una corriente de hombres y caballos, infantería, caballería y artillería, que en confuso tropel se precipitaba en dirección contraria á la suya. Vanos fueron sus esfuerzos para detener aquella corriente impetuosa; nadie le escuchaba y todos huían. En el mismo instante regresó al galope del bosque de Givonne un regimiento de coraceros. Ducrot corrió á su encuentro y suplicó á su jefe que se detuviera y sostuviera sólo algunos instantes la posición, mientras le llevaba al momento refuerzo. Dicho esto, se dirigió á toda prisa en busca de Wimpffen, á quien halló al Sur del bosque, y le dijo desalentado: «Mi predicción se ha cumplido más pronto de lo que creía. El

enemigo ataca ya el Monte Calvario de Illy. Douay está muy quebrantado. Los momentos son preciosos. Apresúrese usted á enviar refuerzos si quiere sostener esta posición.

»Pues bien, dijo Wimpffen, cúidese usted de esto, reúna usted las tropas que pueda de todas las armas y sosténgase usted allí, mientras yo cuido del 12.º cuerpo.» Wimpffen insistió en su idea de intentar con la mayor parte posible de su ejército abrirse paso hacia Carignan á cualquier costa, ya que de ningún modo podía sostenerse hasta la noche. A la una y cuarto comunicó su intención al emperador y le propuso que se le uniera. Napoleón había vuelto á la fortaleza, y por la mañana había ido con su Estado mayor á Balan, encontrando al mariscal Mac-Mahón al ser conducido herido á la ciudad. En sus obras póstumas hace el emperador una triste pintura del estado de su ánimo. No teniendo ya el mando en jefe, no le sostenían ni el sentimiento de la responsabilidad ni tampoco la excitación que se apodera del hombre subordinado á otro que sabe que, sacrificándose, puede dar á los suyos la victoria. Testigo impotente de una lucha desesperada y convencido de que en aquel día supremo y decisivo no tenía ya ni su vida ni su muerte ninguna importancia para el interés común de la nación, se dirigió al campo de batalla con aquella resignación fría que desprecia todo peligro sin debilidad y sin entusiasmo. Cerca de Balan le dió parte de la situación el general Vassoigne; y como fué al momento blanco del fuego enemigo, como lo era todo grupo de oficiales, dejó el emperador la mayor parte de sus ayudantes cerca de un batallón de cazadores bajo la protección de un muro, y se marchó acompañado sólo de cuatro personas á una eminencia despejada, desde la cual se veía la mayor parte del campo de batalla. Uno de sus ayudantes, que envió con una misión al general Ducrot, no regresó porque probablemente le mató una bala enemiga. Aquel terreno estaba atravesado en todas direcciones por los proyectiles alemanes, y probablemente el emperador, que sufría además grandes dolores, deseaba morir en el campo de batalla. Desde allí se dirigió á La Moncelle y Givonne y encontró á Wimpffen, que le dijo que las cosas marchaban bien y que se ganaba terreno. Entonces quiso pasar por el barranco del Givonne á visitar las tropas colocadas al Norte, pero tuvo que dar un rodeo que le condujo á un laberinto de setos vivos, de hondonadas y tapias, en el cual se empujaban buscando paso tropas, ambulancias y artillería, mezcladas con fugitivos, todos movidos por el afán de llegar cuanto antes á la fortaleza por la única puerta de la ciudad que había quedado abierta. Durante cinco horas había sido el emperador testigo del combate, y como no era posible llegar á Illy, regresó á la ciudad para verse con el mariscal Mac Mahón. Tres oficiales de su Estado mayor estaban heridos y eran llevados por soldados; en el camino reventaron varias bombas sin causarle daño, y como las calles se hallaban ocupadas por una multitud compacta, fué forzoso que se quedara en la ciudad. A las tres de la tarde le fué entregada la comunicación en que Wimpffen le invitaba á salir con él de

Sedán, porque no había podido atravesar antes la multitud el ordenanza portador de ella. Napoleón titubeó un momento; pero le pareció que, aun prescindiendo de la dificultad de atravesar la multitud, era impropio sacrificar la vida de tantos soldados para salvarse personalmente y marchar con el general en jefe, abandonando el resto del ejército, por falta de dirección, á una perdición segura. En su consecuencia rechazó el ofrecimiento de Wimpffen.

Éste no pudo realizar su plan, pues había tenido que evacuar el monte Calvario de Illy, y ocupar el bosque de Garenne (al Oeste de Givonne y Daigny) para detener á los alemanes, que avanzaban impetuosamente. Mas al Oeste había tratado otra vez el general Margueritte de emprender una heroica ofensiva con siete regimientos de caballería, quedando gravemente herido, ofensiva que renovó Gallifet; pero estas tentativas costaron la vida á la mitad de la gente sin que se obtuviera la más pequeña ventaja. Las órdenes que Wimpffen envió para forzar el cerco enemigo, ó no llegaron á su destino, ó encontraron á la tropa demasiado extenuada para ejecutarlas. No obstante, hacia las dos atacó á Balan y el valle de Givonne, mas ni siquiera se consiguió un éxito pasajero. En cambio los sajones y la guardia, mientras los bávaros rechazaban á los franceses, atacaron por todos lados el bosque de Garenne, único punto que continuaba en poder del enemigo fuera del radio de la artillería de la fortaleza. A pesar de la resistencia heroica que también allí opusieron los franceses, fué inútil su valor. La gran masa de las fuerzas francesas había sido rechazada hasta ponerse al amparo de los cañones de Sedán. Entonces cesó la lucha cerca de Balan, que Wimpffen había vuelto á emprender con desesperada energía hacia las cuatro, para abrirse paso en aquella dirección, siquiera con algunos miles de hombres, y cuando se convenció de la inutilidad de esta última tentativa, conformóse con las repetidas órdenes del emperador de entrar con el enemigo en negociaciones.

A las seis terminó la desastrosa batalla de Sedán, habiendo sido el mismo emperador quien izó la bandera blanca.

Merece ser conocido lo dicho por Napoleón respecto de las circunstancias que le obligaron á tomar tal resolución. Desde las cuatro habían empezado las baterías alemanas en la orilla derecha del Mosa á hacer fuego contra la ciudad y la fortaleza. «Centenares de cañones arrojaban sus proyectiles sobre la ciudad; muchas casas se incendiaron, se hundieron tejados; la muerte hacía muchas víctimas tanto en las calles atestadas de gente como en los cuarteles que estaban transformados en hospitales, y en los patios y corrales, en los cuales se habían refugiado soldados de todos los cuerpos. Entretanto, uno tras otro, los tres jefes de cuerpo, Lebrún, Douay y Ducrot, acudieron al emperador manifestándole que toda resistencia se había hecho imposible; que los soldados después de doce horas de combate, sin haber tomado descanso ni alimento, estaban desalentados; que los que no habían podido entrar en la ciudad, se hallaban aglomerados en los fosos y al pie de las murallas, y que era indispensable to-